

ENTRE AMBIVALENCIAS E INTERSTICIOS. LA CULTURA MEDIÁTICA MOSAICO Y EL NECESARIO ROL DEL COMUNICADOR INTELECTUAL

Avilés Rodilla, Claudio Guillermo

CONICET – ISHIR / UNJU – UNLP

claudioaviles@conicet.gov.ar

Material original autorizado para su primera publicación en la revista académica Hologramática.

RESUMEN

Con el claro objetivo de debatir acerca del campo intelectual y la comunicación, el presente trabajo transita dos recorridos articulados. En primer lugar, se reflexiona sobre las diversas tipificaciones acerca de los intelectuales, sus ámbitos de acción, sus recorridos ambivalentes y sus funciones generales. Se intenta debatir sobre el rol de la figura del intelectual en la época postmoderna y representar sus cambios, disputas, enfrentamientos y ambivalencias; sus desencantos y desconciertos, para finalmente buscar en los intersticios un equilibrio entre los juegos de tensiones.

En segundo lugar, se exponen algunas facetas de la relación problemática entre algunos intelectuales y los medios de comunicación, en el escenario de la cultura mediática mosaico. Finalmente se pretende debatir acerca del rol del comunicador intelectual, pensado como mediador y productor de discursos que permitan comenzar a recuperar el sentido general de los procesos sociales a partir de la búsqueda de interrelaciones contextuales. Se piensa en el rol del comunicador intelectual como potenciador de la

interacción con el ciudadano en su calidad de interlocutor a fin de contribuir a la construcción de sentido y la comprensión de la compleja realidad social.

Palabras clave: Intelectuales – cultura mediática – comunicador intelectual

ABSTRACT

BETWEEN AMBIVALENCES AND INTERSTICES. MOSAIC MEDIA CULTURE AND THE NECESSARY ROLE OF THE INTELLECTUAL COMMUNICATOR

With the clear objective to discuss about the intellectual field and communication, this paper passes two articulated courses. First of all, we examine the various characterizations about the intellectuals, their scopes of action, ambivalent routes and their general functions. It tries to discuss the role of intellectual figure in the postmodern era and represent their changes, disputes, conflicts and ambivalence, their disappointments and embarrassments, to finally find a balance in the interstices between sets of tensions.

Secondly, some facets of the problematic relation between some intellectuals and mass media are exposed, in the scene of the mosaic mediatic culture. Finally it's tried to debate about the roll of the intellectual communicator, thought like mediator and producer of speeches that allow to begin recover the general sense of the social processes from the search of contextual interrelations. We think about the roll of the intellectual communicator as propellant of the interaction with the citizen in his quality of interlocutor, in order to contribute to the construction of sense and the compression of the complex social reality.

Keywords: Intellectuals - media culture - intellectual communicator

Intelectuales: trayectos, debates y representaciones

“Se sintieron libres frente a todos los poderes; cortejaron todos los poderes. Se entusiasmaron con las grandes revoluciones y, también, fueron sus primeras víctimas. *Son los intelectuales*: una categoría cuya existencia misma hoy es un problema”.

Beatriz Sarlo (1994: 179)

¿Por qué debatir sobre el campo intelectual y los intelectuales? ¿Quiénes cumplen y asumen el rol intelectual en la actualidad? ¿Resulta posible definir la figura intelectual? ¿Son necesarios? ¿Cómo se vincula el campo intelectual con el campo de la comunicación social? ¿Es posible una articulación armónica?

Ensayar reflexiones sobre los intelectuales resulta un desafío inquietante, que, a su vez, muchos intelectuales ya asumieron, arribando a numerosas y variadas consideraciones.

La figura del intelectual resulta una categoría en sí misma problemática, heterogénea y con enfoques de abordaje numerosos y diversos. Desde un punto de vista histórico confluyen en la figura del intelectual una serie de roles ambivalentes y responsabilidades múltiples, como también contradictorias. En sí misma, la categoría intelectual no resulta susceptible de ser reconocida por la específica actividad que realizan; su configuración se torna abstracta y no tiene correspondencia clara con un grupo social concreto.

Como exponía Antonio Gramsci (1963), cada grupo social al nacer en el territorio de una función esencial en el mundo socio-productivo, crea conjunta y orgánicamente uno o más rangos de intelectuales que brindan cierta homogeneidad y conciencia de la propia función. Desde este punto de vista, la figura del intelectual es susceptible de rastrearse desde muy temprana edad en la historia de las distintas sociedades. Esa figura podría asociarse con sacerdotes, brujos, adivinos, eruditos; es decir, figuras que de una u otra manera ejercían el monopolio de determinado discurso de saber que permitía configurar horizontes,

explicaciones, guías, normas en cada grupo social. Por otra parte, decía Gramsci, diversas categorías intelectuales buscan siempre configurar un “espíritu de cuerpo” y propugnan por conservarse como autónomas e independientes de los grupos sociales hegemónicos.

Sin embargo, si bien no es la intención de este trabajo proponer un recorrido histórico sobre la figura intelectual, abordado ya por otros autores, sí resulta necesario remarcar que dichos recorridos se podrían caracterizar como trayectos ambivalentes y zigzagueantes. Los intelectuales actuaron en diversos ámbitos, tan heterogéneos como antagónicos y, como expone Beatriz Sarlo (1994), a lo largo de la historia fueron consejeros de príncipes, de dictadores, de autócratas esclarecidos, de otros intelectuales convertidos en políticos y de políticos que tuvieron poco que ver con el mundo de las ideas. Hablaron para el pueblo, para la nación, para los desposeídos del mundo, para las razas sometidas, para las minorías; se sintieron héroes, guías, legisladores.

En definitiva, una pregunta sigue todavía inconclusa; aquella que interroga sobre la representación y la concepción del intelectual, ya que en la historia del pensamiento, y a pesar de diversos esfuerzos, no ha existido, ni existe aún, una aceptación unívoca de definición.

La tipificación más vulgar sobre la figura del intelectual lo asocia con el literato, el filósofo, el artista. Pero en sí mismas, estas asociaciones no resultan esclarecedoras ni representativas de la realidad intelectual contemporánea. Como bien lo indicaba Antonio Gramsci (1963), la condición de intelectualidad resulta inherente a la condición humana en sentido universal; por ello todos los hombres son intelectuales, pero remarca acertadamente que no todos los hombres tienen en la sociedad la función de intelectuales. De estas consideraciones se desprende un elemento fundamental para ensayar sintéticamente una aproximación a la representación de los intelectuales, que se traduce en el ejercicio de determinado *rol social*, al margen de la asociación con una actividad profesional específica.

El intelectual como entidad resulta la escenificación de un rol, de un papel, plausible de ser ejercido dentro de cualquier campo del entramado social. Ese rol resulta históricamente construido en el marco de diversos contextos y bajo condiciones sociales y culturales determinadas. Es necesariamente un rol que debe ser autoasumido, impulsado por una

intención y con un compromiso depositado en la construcción de conocimiento orientado a interpretar la realidad y promover un cambio social, a niveles micro o macro. El trabajo del intelectual se apoya necesariamente en el lenguaje como herramienta de nominación, como sistema referencial productor de sentidos y como práctica que forma y construye sistemáticamente los objetos, conceptos o fenómenos de los que habla (Foucault, 1970). A partir del uso del lenguaje, el intelectual buscará construir saberes, modificarlos, interpelarlos, cuestionarlos, criticarlos y permitir la reconstrucción permanente de la vida cotidiana.

Si bien se torna complejo pretender asociaciones con actividades concretas dentro de un escenario profesional, sí resulta posible ensayar algunas *funciones* generales que permiten un acercamiento a la configuración del rol intelectual: el ejercicio de la duda, de la sospecha de lo existente, la indagación, la investigación, el estudio detallado y sistemático; en el rol intelectual se analiza en profundidad, se compara, se buscan articulaciones, contextuales e históricas; se construyen conocimientos, representaciones, visiones y verdades; fundamentalmente se ejerce la crítica, se legitiman y se deslegitiman conocimientos, representaciones, visiones y verdades; se construyen mundos posibles, se proponen trayectos, normas, categorizaciones, guías prácticas y morales de acción; se interpreta, se comprende, se encarnan y se articulan mensajes, se interpela, se asumen compromisos, posturas, riesgos; y siempre se vuelve a dudar.

Ahora bien, en función de las consideraciones vertidas hasta aquí surgen nuevamente algunos interrogantes. ¿Qué significa ser intelectual en la época contemporánea? ¿Cuál es el compromiso público que deberían asumir? ¿Qué papel ejerce la figura intelectual en el escenario posmoderno?

La época actual, denominada por muchos teóricos e intelectuales como posmodernidad, detenta el concepto de *cambio* como uno de los principales preceptos que la caracterizan; en función de los diversos y vertiginosos procesos de transformación, que difícilmente encuentren un correlato visible en la historia. La modernidad clásica y sus “grandes relatos” (Lyotard, 1987), anclados en los Estados-naciones, la ciencia, las utopías, las ideologías, la religión, las instituciones sociales, entre otros, ofrecían a la sociedad respuestas a

cuestiones existenciales, configuraban sentido y justificaban un presente; soportaban los sentimientos de abandono y de deriva del curso de las cosas (Angenot, 2005). Para muchos teóricos sociales, toda aquella solidez que caracterizaba a la modernidad hoy se desvanece en el aire (Berman, 1988). Así, la postmodernidad configura un escenario sociocultural, todavía borroso y en constante transformación, en donde conviven características y valores que aluden a la carencia de guías y referencias (Ehrenberg, 2000), a la deshistorización y la disolución de la narratividad social (Sennet, 2000); a la conmoción, a la antinomia y al vacío (Lipovetsky, 1986); a lo turbulento, a la desunión y a la fragmentariedad (Berman, 1988).

En esta línea de pensamiento, Zigmunt Bauman (1997) propone una tipología amplia que busca representar una transformación a partir de dos momentos históricos en la configuración del rol intelectual, en torno a una división entre modernidad y posmodernidad. La representación del intelectual como “legislador”, propio de la modernidad clásica, caracterizado por una conciencia representativa, profética y guía de la sociedad, legitimada por criterios de compromiso y universalidad. Ese tipo intelectual se auto-asignaba una autoridad para hablar a la sociedad sobre la verdad y la justicia. Esta representación encuentra poco a poco su ocaso en la posmodernidad, donde aflora un rol más etéreo del intelectual que se representa con la función de “intérprete” de las particularidades, problemáticas y cambios sociales contemporáneos.

En el medio del escenario posmoderno, el rol del intelectual atraviesa diversos cambios, disputas, enfrentamientos y ambivalencias. Mientras muchos intelectuales se esfuerzan por interpretar, aclarar y comprender; el curso de la vida social, la política, la economía, los medios de comunicación se empeñan en confundir y emborronar (Martín Barbero, 1991). En el escenario contemporáneo transitan intelectuales presos del desencanto, de la desensibilización y el desconcierto, que a su vez propician la pérdida paulatina de la crítica, un pilar fundamental de su rol. Muy pocos quieren arriesgarse a perpetrar rupturas dramáticas y miden milimétricamente las distancias críticas a los efectos de evitar distanciamientos abruptos respecto a la comunidad a la que pertenecen y se dirigen (Sarlo, 1994). La figura del intelectual interventor, arriesgado, vanguardista, heroico, iluminado se desvanece o se oculta.

Asimismo, como señala Armand Mattelard (2003), diversas clases intelectuales sufren una regresión o involución de las fuerzas críticas, frente a los parámetros y condiciones de la globalización posmoderna. Muchos intelectuales, por necesidad o bien por convicción, son integrados a la maquinaria económica como campos de expertos bajo las necesidades de mejorar la productividad, la eficacia y la competitividad de diversas empresas. Esta integración del intelectual al servicio del mundo de las empresas lo aleja dramáticamente del espíritu crítico, descontextualizan las actividades de investigación, la atomizan y la abstraen de su contexto social.

En la actualidad, muchos intelectuales transitan por un espacio de tensiones dicotómicas: entre la vocación científica y el compromiso político; entre la neutralidad valorativa y la toma de postura; entre apocalípticos e integrados; entre el compromiso con el cuerpo social y los vínculos con el poder dominante; entre el anonimato público de la academia y la intervención esporádica en el espacio público simbólico de los medios.

Sin embargo, en este juego de tensiones resulta posible encontrar una faceta esencial para el desarrollo del rol intelectual contemporáneo. Un rol que debería transitar por los *intersticios*, en un equilibrio entre los juegos de tensiones que le impida caer en absolutismos y fundamentalismos. Sin tropezar con la utopía social que construye la idea de los intelectuales como independientes y completamente autónomos, pensar el ejercicio del rol intelectual entre intersticios permite un movimiento levemente ambivalente entre el juego de tensiones con una tendencia constante hacia la ecuanimidad y la sensatez de sus actos y juicios.

Sin embargo, como sugiere Beatriz Sarlo (1994), al margen de los cambios que se suscitan, no es posible desprender el rol del intelectual de una serie de ejes esenciales, que se configuraron durante dos siglos, y que de una manera articulada deberían permitir retomar el debate sobre la función social de los intelectuales: la crítica de lo existente, el espíritu de libertad y anticonformismo, la ausencia de temor ante las tensiones con los poderes y los poderosos y el sentido de solidaridad con las víctimas.

En definitiva, la mutación social y cultural de los tiempos contemporáneos están construyendo nuevos tipos de intelectuales, que puján constantemente por apartarse de

clichés clásicos y ganar nuevos espacios. Uno de esos espacios es el campo de la comunicación social y los medios.

El comunicador intelectual: desafío, compromiso y necesidad

El específico escenario de los medios de comunicación masiva y eventualmente los comunicadores y periodistas, han sido habitualmente reprochados y mirados con desden por muchos intelectuales. La valoración que se realiza sobre los medios masivos los caracteriza como escenarios superficiales, poco rigurosos y alejados de las características que debe tener el producto intelectual. En este sentido, como señala Fernando Savater (1994), la participación de los intelectuales en la prensa, la radio o la televisión muchas veces se desprecia y se asocia a una pérdida de grandeza sapiencial, convirtiéndose en algo similar a vicetiples del pensamiento. Del mismo modo, los mismos intelectuales que critican la participación en los medios de comunicación demuestran muchas veces cierto desprecio por la figura del comunicador social y específicamente la del periodista. Sin embargo este tipo de críticas resulta una habitual trampa del razonamiento totalizante que engloba a toda una profesión, sus actores, su práctica y producción bajo categorizaciones universales. En este sentido, resulta interesante recordar lo planteado por Max Weber (1998) respecto a una habitual representación de los periodistas. Para Weber los periodistas resultan una especie de casta paria que la sociedad juzga siempre de acuerdo con el comportamiento de sus miembros moralmente peores. La mayoría no logra comprender que, aunque producida en circunstancias distintas, una obra periodística de rigurosa calidad exige al menos tanto espíritu como cualquier obra intelectual, sobre todo si se piensa en las condiciones de celeridad que rondan en torno a su producción. En contraposición, lo que generalmente se recuerda es la producción periodística irresponsable, a causa de sus funestas consecuencias; pero en realidad la responsabilidad del periodista muchas veces resulta mayor que la del sabio y el sentido de la responsabilidad del periodista honrado no resulta nada inferior a la de cualquier otro intelectual.

Sin embargo, resulta preciso remarcar que la condena a los medios y a muchos periodistas y comunicadores por parte de algunos intelectuales, junto a la evasión de la utilización de los

medios para la expresión pública, no resulta una valoración fortuita y carente de argumentos.

En la actualidad, muchos discursos mediáticos y muchos comunicadores propician, por convicción u omisión, un claro escenario anti-intelectual. La gran mayoría de los medios de comunicación actuales son presas de sistemas de producción informativa que persiguen la *producción de actualidad*, caracterizada entre otras cosas por la difusión del presente inmediato, la noticia en tiempo real y la búsqueda de exclusividad, en pos de una mayor rentabilidad informativa.

La disyunción y el reduccionismo están presentes en la mayoría de las ofertas mediáticas y periodísticas actuales, configurando una suerte de *cultura mediática mosaico*. En efecto, algunas caracterizaciones expuestas originalmente por Abraham Moles (1978) y retomadas posteriormente por Mar de Fontcuberta (2006) para analizar al periodismo, como la atomización y la cultura mosaico, resultan herramientas extrapolables para representar muchas de las producciones comunicacionales visibles en los medios contemporáneos: prensa, radio, Internet y fundamentalmente la televisión.

En la actualidad, gran parte de la producción mediática, fundamentalmente la informativa, se presenta disgregada y descontextualizada; se pierde vista el tiempo histórico, los lazos que conectan los procesos de pasado, sus escenarios presentes y las promesas de continuidad futura. Muchos hechos se proponen aislados y se ignoran los procesos que los constituyen. La distribución de los contenidos mediáticos resulta una oferta aleatoria. El temario informativo de muchos medios carece de vertebración interna y se construye a partir de una amalgama de contenidos sin articulación evidente (Fontcuberta, 2006). Prevalece la preocupación por el dato en detrimento de la construcción de significados. Suele confundirse la información relevante con la accidental y la innecesaria. Asimismo, en la explicación y en el análisis de los acontecimientos socioculturales prevalece el ejercicio de la simplificación, la evasión de la problematización temática y la exposición de implicancias y causas unidimensionales

En definitiva, todas las características que representan a la prevaleciente cultura mediática mosaico –atomización, fragmentariedad, descontextualización, disyunción, aleatoriedad,

deshistorización, simplificación, etc.– resultan parte de una comodidad destructiva para la comprensión ultra-compleja de la realidad social; resultan un claro subterfugio del trabajo intelectual.

Sin embargo, sería un claro pensamiento reduccionista condenar y deslegitimar para el trabajo intelectual a los medios de comunicación en general, a los periodistas y comunicadores sociales a partir de condiciones y prácticas vigentes, que no por ello resultan definitivamente deterministas a futuro.

En efecto, en los intersticios de la cultura mediática mosaico está emergiendo de a poco una figura híbrida producto de las relaciones entre intelectuales y medios de comunicación. Cada vez más, aunque todavía de manera incipiente, la producción intelectual tiende a darse a conocer a través de los medios de comunicación y determinadas actividades periodísticas y comunicacionales tienden a intelectualizarse en busca de calidad informativa y compromiso social. Todavía con muchas limitaciones, prejuicios y críticas, comienza a surgir la figura del *comunicador intelectual*. Esta figura incipiente, resulta escasa y una excepción en el medio del todo. Sin embargo, es posible rastrearla en algunos espacios mediáticos aislados y en apariciones esporádicas. Todavía resulta una expresión de deseo pero con reales posibilidades de consumación.

Ahora bien, ¿qué tipo de rol intelectual pueden asumir los comunicadores? ¿Resulta posible pensar y actuar intelectualmente en la escena mediática contemporánea? ¿Es posible comunicar la complejidad a la sociedad?

En principio, no es posible pensar al comunicador intelectual y sus funciones por fuera de las instituciones que los forman y del tipo de formación interdisciplinar que se configura desde el campo de estudios de la comunicación. Al margen de las problemáticas universitarias, la necesaria reformulación de muchos planes de estudio y otras cuestiones que merecen un tratamiento mayor, resulta interesante remarcar la particularidad interdisciplinar de la formación de los comunicadores para el ejercicio del rol intelectual.

La complejidad interdisciplinar que configura el campo de conocimiento de la comunicación le brinda una esencia a la profesión, que paradójicamente, desborda la idea misma de profesión, convirtiéndose hoy en una dimensión transversal a todas las demás

profesiones y entornos sociales (Martín Barbero, 2008). Asimismo, la formación universitaria de muchos comunicadores les asigna determinado compromiso y responsabilidad intelectual que se vincula también con una ética profesional que no se puede obviar ante el ejercicio de la profesión, independientemente del espacio que se ocupe.

En definitiva, frente a la crisis y el desvanecimiento de ciertas figuras intelectuales tradicionales resultaría necesario e interesante que los comunicadores promuevan un relevo serio y responsable en el ejercicio del rol intelectual ante la sociedad. Sin perder de vista los obstáculos y las limitaciones, los comunicadores, desde sus distintas posiciones profesionales, deben tomar conciencia de que en la comunicación, entendiéndola de manera amplia, se juega gran parte de la suerte de lo público, de la democracia y la conciencia colectiva para el futuro social.

Tomando algunos planteos de Jesús Martín Barbero (2008), resulta posible esbozar que la conformación del comunicador intelectual depende de una transformación de su rol actual: pasar de *intermediario* a *mediador*. Muchos periodistas y comunicadores contemporáneos resultan simples intermediarios entre el gobierno y la sociedad; entre el escenario político y la ciudadanía, interpelada muchas veces como simples consumidores. El comunicador intelectual debe asumir y ejercer un rol de mediador, propiciando la construcción de significación y sentido a partir de los diferentes procesos de comunicación. El comunicador intelectual debe procurar discursos que intenten poner en orden el caos cotidiano propio de la sobrecarga informativa de la cultura mediática mosaico y proponer a sus interlocutores determinada inteligibilidad a la difusa escena social, cultural, política y económica. El rol del comunicador intelectual debe orientarse a pensar las producciones comunicacionales y el periodismo con las características de un sistema abierto en continua interrelación con el entorno donde se desarrolla. En términos de Edgar Morin (1997), se debería pensar y encarar a la comunicación en general y al periodismo en particular como un “ecosistema” flexible y complejo.

Desde este punto de vista, los comunicadores intelectuales deben asumir la responsabilidad de proveer herramientas interpretativas interdisciplinarias que permitan comenzar a

recuperar el sentido general de los procesos sociales. Se debe promover la comprensión y la explicación de lo existente a partir de la búsqueda de interrelaciones contextuales. Se debe potenciar la interacción con el ciudadano en su calidad de interlocutor a fin de contribuir a la construcción de sentido y la comprensión de la compleja realidad social. Conectar y articular contenidos, explorar distintos enfoques explicativos; buscar la coherencia en el desarrollo de los procesos sociales, integrar los hechos en contextos, puntos de origen, causas y consecuencias; ofrecer datos con significados abiertos a la negociación con los públicos; son algunos de los desafíos de la figura del comunicador intelectual.

Por otra parte, resulta un enorme desafío plantearse qué recorridos, qué continuidad y por qué medios puede resultar factible el ejercicio del rol intelectual de los comunicadores. En este sentido, el comunicador intelectual no debe pretender alejarse ni luchar tenazmente contra la cultura mediática mosaico. Esta cultura conforma una estructura cerrada, con reglas propias y excluyentes, muchas veces en consonancia con el poder en pos del mantenimiento del *statu quo*; en donde el discurso crítico y transgresor de las figuras intelectuales resulta casi imposible. El campo de batalla del comunicador intelectual, en primera instancia, debe desarrollarse en los intersticios de la cultura mediática mosaico a fin de demarcar una diferencia ante los públicos, y en segundo lugar, debe procurar el uso y aprovechamiento creativo de la relación intermedial de las tecnologías mediáticas existentes, a partir de un uso articulado y retroalimentado.

Asumir el desafío y la responsabilidad de ejercer un rol intelectual desde la comunicación resulta una conjunción de apuestas personales de los comunicadores como también un compromiso social por parte del campo académico. La necesidad parece planteada. Asumir el compromiso y los riesgos es una decisión que todavía gravita entre las ambivalencias propias de un presente extraviado en el propio presente.

Bibliografía:

ALTAMIRANO, Carlos (2006) *Intelectuales. Notas de investigación*. Grupo Editorial Norma. Colombia.

- ANGENOT, Marc (2005) "Fin de los grandes relatos, privatización de la utopía y retórica del resentimiento", en Estudios N° 17. Revista del Centro de Estudios Avanzados. UNC.
- BAUMAN, Zygmunt (1997) *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*. Universidad Nacional de Quilmes. Buenos Aires.
- BERMAN, Marshal (1988) *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid: Siglo XXI.
- BUSQUET, Jordi (2008) *Lo sublime y lo vulgar. La cultura de masas o la pervivencia de un mito*. Editorial UOC. Barcelona.
- EHRENBERG, Alain (2000) *La fatiga de ser uno mismo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- FONTCUBERTA, Mar de y BORRAT, Héctor (2006) *Periódicos: sistemas complejos, narradores en interacción*. La Crujía Ediciones. Buenos Aires.
- FOUCAULT, Michel (1970) *La arqueología del saber*. Editorial Siglo XXI. México.
- GRAMSCI, Antonio (1963) *La formación de los intelectuales*. Editorial Grijalbo. México.
- LIPOVETSKY, Gilles (1986) *La era del vacío*. Barcelona: Anagrama.
- LYOTARD, Jean-François (1987) *La condición postmoderna. Informe sobre el saber*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- MARTIN - BARBERO, Jesús (1991) "La desencantada resignación de los intelectuales", en *Magazine Dominical N° 444*, pp 9 - 11. Bogotá.
- MARTIN - BARBERO, Jesús (2008) "El rol intelectual de los comunicadores y las nuevas agendas de la universidad" (entrevista), en *Revista anthropos: Huellas del conocimiento*, pp. 49 - 56. Barcelona.
- MATTELART, Armand (2003) "Intelectuales, comunicación y cultura: entre la gerencia global y la recuperación de la crítica" (entrevista), en *Revista de Economía Política de las Tecnologías de la Información y la Comunicación*. Vol. V, N° 1, Ene./Abr.
- MOLES, Abraham (1978) *Sociodinámica de la cultura*. Paidós. Barcelona.
- MORIN, Edgar (1997) *Introducción al pensamiento complejo*. Gedisa. Barcelona.
- SAID, Edward (1996) *Representaciones del intelectual*. Paidós. Barcelona.
- SARLO, Beatriz (1994) *Escenas de la vida posmoderna. Intelectuales, arte y viedocultura en la Argentina*. Ariel. Buenos Aires.

SAVATER, Fernando (1994) “*El genial hombre anuncio. Babelia*”, en El País, edición del 19 de noviembre.

SENNET, Richard (2000). *La corrosión del carácter*. Península. Barcelona.

WEBER, Max (1998) *El político y el científico*. Editorial Alianza. Madrid.

Para citar este artículo:

Avilés Rodilla, Claudio Guillermo (31-03-2011). ENTRE AMBIVALENCIAS E INTERSTICIOS. LA CULTURA MEDIÁTICA MOSAICO Y EL NECESARIO ROL DEL COMUNICADOR INTELECTUAL.

HOLOGRAMATICA - Facultad de Ciencias Sociales UNLZ

Año VII, Número 14, V2, pp.3-16

ISSN 1668-5024

URL del Documento: cienciared.com.ar/ra/doc.php?n=1439

URL de la Revista: cienciared.com.ar/ra/revista.php?wid=3